



Cuadernos de Historia Moderna

ISSN: 0214-4018

<http://dx.doi.org/10.5209/CHMO.56679>EDICIONES
COMPLUTENSE

Rodríguez Moya, Inmaculada y Mínguez Cornelles, Víctor (dirs.), *Visiones de un Imperio en fiesta*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2016, 394 págs., ISBN: 978-84-87369-82-7.

Resuelto a abandonar el estudio de las letras Descartes confiesa en el *Discurso del método* que decidió emplear el resto de su juventud “en ver cortes y ejércitos”. La fiesta y la guerra constituían entonces dos escuelas para poner a prueba la madurez de cualquier muchacho dispuesto a labrarse su propio futuro. El volumen que reseñamos es una reflexión necesaria sobre la primera de estas dos facetas que estuvieron indisolublemente unidas en la formación del mundo moderno: *la cultura festiva*. El marco elegido, el Imperio de los Austrias, primer espacio político intercontinental que compartió un lenguaje visual común cuyas raíces se remontan a la cultura borgoñona y al humanismo italiano, interpretadas bajo el prisma del providencialismo católico que legitimó las nuevas conquistas, aportando la certidumbre en el advenimiento de aquel reino de paz y justicia de la cuarta égloga de Virgilio, evocada por Fernando Checa al referir los beneméritos trabajos de Francis Yates.

Han pasado 60 años del libro de Yates y otro tanto o casi de la ya legendaria colección *Les fêtes de la Renaissance* que editó Jean Jacquot. Algo más de la concepción de una *sociedad de corte* que Norbert Elias elaboró *au rebours* de los vientos que entonces dominaban la historiografía europea. Y cumplirá pronto un siglo *El otoño de la Edad Media* de Huizinga, que a su vez dialoga con *La cultura del Renacimiento* de Burckhardt, anterior en el tiempo. Lecturas que nos han formado. Adivina el profesor Checa un hilo de Ariadna en esta urdimbre de textos que en las recientes exposiciones dedicadas a la cualificación cultural del objeto doméstico regresa sorpresivamente sobre la idea germinal de Huizinga que ligaba el arte y la vida. Los trabajos reunidos en este libro así lo acreditan.

El homenaje a los *clásicos* de la disciplina va acompañado de una segunda reflexión (primera en el orden del volumen) que emprende Víctor Mínguez acerca de los últimos cuarenta años de producción historiográfica sobre el *arte festivo*. No es un simple sumatorio de nombres y títulos sino una valoración consciente de la emergencia de un campo de estudios con entidad propia que se ocupa de la escenificación de la práctica del poder y la codificación de su lenguaje simbólico. La prueba fáctica de su circulación por los dominios de la monarquía hispánica queda aportada por Inmaculada Rodríguez Moya, directora con Mínguez del compilatorio, en su estudio sobre las fiestas del nacimiento de Felipe Próspero, ciclo celebrativo que se sitúa en el ápice de un sistema de las artes visuales ya bien engranado que gravitó en torno a tres ejes de sentido: el dominio territorial, la sucesión dinástica y las devociones de la familia. En las fiestas finiseculares por el recibimiento de María Ana de Neoburgo en Madrid, que estudia Teresa Zapata, estas tradiciones se entrecruzan en el mito del vellocino de oro, vinculado a la casa de Borgoña, reinterpretado en clave cristiana para alumbrar la descendencia luego frustrada del matrimonio. Se cierra el círculo de dos siglos de fiestas.

Las raíces de este mundo simbólico habsbúrgico vienen de atrás. Algunas claves para su comprensión quedan avanzadas en el trabajo de Jesús Pascual Molina que parte del concepto de magnificencia (de nuevo Huizinga) para acotar una etapa de transición del juego caballeresco medieval al espectáculo de exhibición cortesana que parece definido en su repertorio escénico en las últimas décadas del reinado de Carlos I. La rica documentación conservada en el Archivo General de Simancas pone de manifiesto el salto que se produce a partir de 1540 en la inversión de bienes de lujo para la casa del príncipe, coincidiendo con la complejidad de las *invenciones* que incorporan emblemas y carros decorados a la antigua. Las grandes casas nobiliarias financiaron estos espectáculos como parte de su promoción política dentro de un *cursum honorum* imperial que sus descendientes, asimilados a la nobleza de servicio, liderarán en las cortes virreinales. El reino de Nápoles constituye un notable exponente de la configuración de un orden ritual que expresaba el contrapeso entre la potestad del monarca representada por el virrey y el respeto a la constitución del reino. Giovanni Muto demuestra que la función del maestro de ceremonias, cargo que recaía en españoles, fue esencial para regular las celebraciones oficiales, como se aprecia en las representaciones conservadas de recibimientos de las últimas décadas del siglo XVII.

La poderosa capacidad comunicativa de las cabalgadas y de los arcos de triunfo hubo de ponerse a prueba, en un contexto distinto, cuando el duque Victorio Amadeo II de Saboya accedió al trono del viejo reino de Sicilia en 1713. La presencia del nuevo monarca invalidaba la tradición ritual de entradas de virreyes españoles y recuperó la antigua ceremonia del *adventus* que en la antigua isla se entrecruzaba con el legado bizantino del *rex sacerdos*. Pablo González Tornel explora la confluencia de estas tradiciones y su plasmación en una ceremonia patrocinada por el senado que publicó las fiestas para salvaguarda del *ordo* ritual y la memoria del reino.

Una visión más personal de las ceremonias del Imperio es la que aporta don Juan de Palafox en su *Diario* de la jornada que hizo acompañando a la infanta doña María futura reina de Hungría. Debemos a Ricardo Fernández Gracia la selección y el comentario de estas valiosas notas de viaje del entonces joven prelado que ya apuntaba agudas dotes de penetración psicológica en sus narraciones. Se trasluce de ellas la función de socialización que tuvieron estos cortejos itinerantes para una nobleza cosmopolita que confraternizaba en recepciones y banquetes, sin dejar al día siguiente de rendir veneración a las reliquias más afamadas de cada lugar.

Nobles, eclesiásticos y expertos en ceremonial protagonizan, en fin, una parte de los estudios reunidos en este libro. Miradas sobre una cultura festiva que la reciente investigación viene recuperando a partir de la dimensión subjetiva que nos ofrecen sus testigos y participantes. Al lado de ello, pero igualmente renovador, es el planteamiento de otro conjunto de textos que se ocupa de repensar los testimonios materiales que dejaron las fiestas imperiales en estampas, objetos y espacios de recreación.

Partiendo de un grabado de la Virgen del Sagrario de la catedral de Toledo, Cécile Vincent-Cassy aporta una clave de lectura novedosa del novenario festivo que se celebró en 1616 con motivo de la inauguración de la capilla eucarística. Tres niveles de sacralidad se superpusieron en este espacio de gran espesor simbólico que patrocinó el cardenal Bernardo de Sandoval y Rojas: la leyenda del descenso de Nuestra Señora, el lugar elegido para entronizar a la imagen en tanto guardiana de la Sagrada Forma y la larga tradición teológica de María como Tabernáculo vivo de Cristo. La triple asociación de significados alcanzó en el jesuita Francisco Portocarrero la idea

de la divinidad de María, siendo la nueva capilla y sus fiestas el ornamento de su virtud corredentora. La relación entre el objeto festivo y su valencia memorialista es explorada, en segundo lugar, por Walter Cupperi para los solemnes recibimientos del Emperador. Medallas y monedas conmemorativas, derramadas mediante el rito de la efusión, recorren un circuito entre las clientelas imperiales, pero no suelen dejar traza en las colecciones habsbúrgicas. Mientras que los obsequios diplomáticos figuran en los inventarios, lo que apunta su función conmemorativa. Finalmente el acontecimiento festivo pudo dejar huella indeleble en espacios de alta significación ritual como se aprecia en tres trabajos del volumen. Es el caso del aparato escenográfico que Pedro de la Torre diseñó para la capilla mayor de la Catedral de Santiago, en el que la ofrenda anual al apóstol queda materializada en el grupo escultórico de los cuatro reyes que se distinguieron en honrar al apóstol (Miguel Taín). Del complejo estival de la Favorita, residencia de los emperadores de Viena, cuya historia escénica, reconstruida por Andrea Sommer-Mathis, marca la evolución del propio edificio. Y en un sentido más amplio, de los espacios virreinales de la ciudad de México, estrechamente ligados a la visibilidad pública del poder (Juan Chiva).

No podía faltar, por último, en un libro que homenajea la fiesta, algún guiño a los propios *libros de fiestas* y aquí se da en el original prólogo que anuncia con un recorrido por los fuegos de artificio del Imperio las *invenciones* de los académicos que desfilan a continuación. El tema ígneo regresa (fiesta dentro de la fiesta) en el estudio que Agnès Guiderdoni dedica a las funciones sacras por la canonización de San Francisco de Sales. Menestrier, el gran teórico del arte efímero, fue el *autor* de estas celebraciones, eligiendo como motivo recurrente de las máquinas-templo que se alzaron en diversas ciudades saboyanas, el fuego sagrado de la gentilidad devenido llama de amor divino del hijo bienaventurado.

José Jaime García Bernal
Universidad de Sevilla
jaimebernal@us.es